

Hégel y América

=De *El Sol*, Madrid.=

(Véase la entrega anterior.)

2.—América coloca el pensamiento histórico de Hégel en una situación dramática, mejor aún, paradójica. Cuando una idea sufre de sí misma y lleva en su interior dolorido un drama lógico adopta la máscara escénica de la paradoja. En este caso es lo paradójico que Hégel no puede instalar a América—por ser un porvenir—en el cuerpo de su Historia universal. Ya hemos visto que para Hégel lo histórico es, en un sentido muy esencial, lo pasado. Termina en el presente, cuya constitución es ya de carácter definitivo, inmutable, y no puede pasar. Prisionero de su propia perfección, hieratizado en ella, se condena el presente a una perdurabilidad que a mí me parecería desesperante. La etapa actual de la historia sería, por fin, la meta lograda, el lugar apetecido, y en busca del cual todo el pretérito se afanó, se movió y, por lo mismo, pasó. Si yo estuviera convencido de esta idea hegeliana y me sintiese adscrito a este eterno presente, se me iría con nostalgia el alma hacia el pasado, que era un camino y un andar—no, como el presente, un haber llegado y reposar.—Como Cervantes decía, es preferible el camino a la posada.

Pero la paradoja no radica en que Hégel elimine a América—repito, a un futuro—del cuerpo propiamente histórico, sino que, no pudiendo colocarla ni en el presente ni en el pasado propiamente tal, tiene que alojarla . . . ¿Dónde dirán ustedes? Pues en la Prehistoria.

La Prehistoria goza en el pensamiento hegeliano de un valor sustantivo. No es, simplemente, la madrugada oscura de la Historia, su primer capítulo tenebroso o lívido. Es francamente no-Historia, ante-Historia. La Historia, hemos visto, no comienza mientras no entra en escena el hombre espiritual; por tanto, el Espíritu, consciente de sí mismo, con una consciencia muy tosca de sí, pero atento ya a sí. El síntoma de esto, para Hégel, es la existencia de un Estado. No sorprende este privilegio concedido por Hégel a lo político. Conocerse a sí mismo el Espíritu es caer en la cuenta de que es libre, de que existe una realidad insumisa a mandatos ajenos, dueña y señora de sí misma, autónoma. Libre es el que se determina a sí mismo, el que se da a sí propio leyes. Ahora bien: la existencia en el Universo de algo que merezca el nombre de Estado es la existencia de algo que da leyes y que no las recibe; por tanto, que se da a sí mismo sus leyes. En la Naturaleza no existe nada parecido: cada cosa en ella está sometida a otra externa a ella; es por esencia esclava. La aparición del Estado es la iniciación de una realidad nueva, sobrenatural; es el anuncio de que nace un orbe cuya sustancia es Libertad. Es el orbe histórico o sobrenatural, cuya vida y evolución no consiste en más que en un "progreso de la conciencia de libertad".

En la Naturaleza propiamente no pasa

nada, por la sencilla razón de que *siempre* pasa lo mismo. El cordero que nace mañana es lo mismo que el cordero nacido hoy, o ayer o hace mil años. La vida del árbol desde que fué simiente hasta que él da simiente es un ciclo siempre idéntico. La vida natural termina siempre en un individuo igual al que fué: el padre en el hijo, que es otro ejemplar igual a él. En la Naturaleza, la variación es pura repetición. Por eso—dice Hégel—la Naturaleza es aburrida. "No pasa nada nuevo bajo el Sol natural." (1). Sólo hay evolución cuando el Espíritu comienza. Entonces ya no hay más que evolución y empiezan a pasar cosas siempre nuevas. En el tiempo espiritual de la Historia no hay dos días iguales. El ayer es un auténtico ayer, un definitivo pasado, que no se repetirá jamás. Basta que haya sido para que el mañana se diferencie de él y lo supere, se *libere* de él. La Historia es el libertarse de la repetición y del aburrimiento. La Historia es lo divertido.

En cambio, la Prehistoria nos habla del hombre natural (los alemanes llaman al salvaje o primitivo *Naturmensch*), del hombre que aun no sospecha su latente potencia espiritual y pervive sonámbulo como el animal o la planta.

Antes que Hégel había sugerido Schelling la idea de una esencial Prehistoria. En la *Introducción a la filosofía de la Mitología*, que recoge ideas suyas más antiguas, dice: "El simple concepto de un tiempo rigurosamente prehistórico excluye todo *antes y después* que en él se quiera pensar. Porque si en él pudiese *pasar* algo no sería rigurosamente prehistórico, sino que pertenecería ya al tiempo histórico . . . El prehistórico es, por su misma naturaleza, indivisible, idéntico", no admite diferencia de tiempos interiores. En suma: un tiempo es prehistórico no porque ignoremos lo que en él pasó, sino, al revés, porque en él no pasó nunca nada, sino que pasó siempre lo mismo, y el pasado, en vez de pasar, se repitió pertinazmente.

Hay porciones de la Humanidad que hasta nuestros días perduran en esa situación prehistórica. Los pueblos salvajes no tienen historia, como no la tienen las abejas o los termites. Al estudio de estos seres se ha llamado Historia Natural, concepto absurdo. La única Historia Natural es la Prehistoria, en la que estudiamos a un ser que puede ser histórico cuando aún es sólo natural. Prisionero aún de la naturaleza vive el hombre ignaro de sí mismo, enajenado y fuera de su propio ser. Vive, pues, incubando un futuro ser. Esto es, en general, para Hégel la Naturaleza: aquella realidad que precede y prepara al Espíritu. En ella, mezclado con los animales y con el paisaje, fermenta lo humano. Allí debemos buscar-

(1) Es sorprendente que Hégel, gran inventor de la idea de evolución, no acierte a descubrirla en las especies vivientes.

lo; por tanto, la Prehistoria es Geografía. En el capítulo geográfico de sus *Lecciones de filosofía de la Historia* es donde paradójicamente hallamos instalada a América. Después de todo, no es sorprendente. Si decimos de ella que es un futuro, decimos que aun no es lo que va a ser y puede ser. Ahora bien: esto es precisamente la Naturaleza. Como para Hégel sólo *es* verdaderamente el Espíritu, la realidad de la Naturaleza consiste en algo que va a ser Espíritu, pero que aun no lo es. Así se explica que hallemos alojado el futuro en el absoluto pretérito que es la Prehistoria natural, la Geografía.

Y, en efecto, Hégel ve en todo lo americano el carácter de inmadurez. Empezando por la tierra misma. Para él, América es el nuevo mundo; incluye, pues, la Oceanía. "El nuevo mundo no es sólo relativamente nuevo, sino en absoluto, incluso en su constitución física y política." "No quiero negar al nuevo mundo el honor de haber salido de las aguas al tiempo de la creación, como suele decirse. Sin embargo, el mar de las Islas, que se extiende entre América del Sur y Asia, revela cierta inmadurez por lo que toca también a su origen. La mayor parte de las islas se asientan sobre corales y están hechas de modo que más bien parecen cubrimiento de rocas surgidas recientemente de las profundidades marinas, y ostentan el carácter de algo nacido hace poco tiempo".

Junto a la inmadurez, o como expresión de ella, encuentra Hégel la insuficiencia, la debilidad. "Las tierras del Atlántico que tenían una cultura cuando fueron descubiertas por los europeos la perdieron al entrar en contacto con éstos. La conquista del país señaló la ruina de su cultura, de la cual conservamos noticias. Se reducen éstas a hacernos saber que se trataba de una cultura natural, que había de perecer tan pronto como el Espíritu se acercara a ella. América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente, en lo físico como en lo espiritual. Los indígenas, desde el desembarco de los europeos, han ido pereciendo al soplo de la actividad europea. En los animales mismos se advierte igual inferioridad que en los hombres. La fauna tiene leones, tigres, cocodrilos, etc.; pero estas fieras, aunque poseen parecido notable con las formas del viejo mundo, son, sin embargo, en todos los sentidos más pequeñas, más débiles, más impotentes. Aseguran que los animales comestibles no son en el nuevo mundo tan nutritivos como los del viejo. Hay en América grandes rebaños de vacuno; pero la carne de vaca europea es considerada allí como un bocado exquisito."

Durante los sesenta años que aproximadamente no se ha leído a Hégel, se le acusó de opinar sobre las cosas—históricas y naturales—con soberana arbitrariedad. Y no se insinuaba al decir esto que procediese mediante puras deducciones y abstracto geometrismo de ideas—uso natural en quien no pretendía hacer otra cosa—, sino que ha-